liberar a los presos por luchar

—ENCHUFE para ficha trifásica hay en la cocina, ¿vamos para allá?

La madre de Cores prepara café, el padre pelea con la tos pero no deja de fumar, y el hermano es una viva alusión al Hugo ausente. El grabador hace guiñadas con sus lucecitas rojas, señal de que está dispuesto a repetir lo que varios entrevistados le han estado diciendo sobre Hugo Cores. Y los cuatro nos inclinamos hacia la mesa cotidiana, guardando silencio.

Aprovecho la concentración de los demás, quizás temerosos de perder las palabras si no miran el grabador, para observarlos. Me fascina la madre. Debió de ser una mujer guapa. Lo es aún, bajo las marcas, por otra parte sutiles, del sufrimiento. Conserva el cutis terso, tiene una mirada profunda y dulce, y en su amplio regazo parece que cupiera toda la comprensión del mundo. Acompaña a veces con un leve movimiento de los labios las palabras ajenas o las propias, que desde el grabador hablan de su hijo preso; o su frente se crispa apenas, como si la fueran moldeando los pensamientos. Pero no es ni quiere ser nada que se parezca a la estatua de sí misma. Sabe burlarse tiernamente del maternalismo, y estar atenta al café que hierve y a los ceniceros, que se divierten escondiéndose. También sabe hacer a pie, bajo las lluvias torrenciales o el sol del verano, en cada visita dominical, los seis quilómetros, tres de ida y tres de vuelta, que abruman la distancia entre la parada del ómnibus y el campo de concentración de Punta de Rieles. Con refinado amor al prójimo, las autoridades del campo dispusieron que los días de visita (los domingos) no se puede dejar nada al preso: ropa, alimentos ni lectura. Para eso están sólo los miércoles, de modo que los seis quilómetros de rigurosa infantería se convierten en doce por semana. En tales ocasiones, presos y familiares se adivinan, oteando el horizonte, desde una distancia de trescientos metros. Cada grupo es para el otro una masa informe. Así y todo, cambian precarios saludos llenos de incertidumbre y ansiedad. También apura ese trago amargo, todos los miércoles, la madre de Cores y las otras madres. Y además sabe acudir a donde sea necesario —abogados, jueces, ministros, comisarios y amigos— sin mostrar la fatiga ni ceder un ápice de dignidad. No se sabe si es muy fuerte o muy débil (esto último a causa de la transparente espiritualidad del rostro). Es toda ella fortaleza y toda sensibilidad. Por momentos no es la madre de Cores. Es mi madre y todas las madres.

Los compañeros

Después de un breve lapso de silencio que me hace temer, como siempre, no haber grabado nada, emergen, cálidas, las palabras de Carlos Fasano y el "gaucho" Berriel, compañeros bancarios de Cores, cuyo testimonio me interesaba registrar:

¿El Hugo? (y la voz sonríe, segura del terreno que pisa). El Hugo es la búsqueda constante y la construcción constante del hombre nuevo en este país. No hay que manosear ciertas palabras, pero tampoco hay que tenerles miedo. Hugo Cores contribuyó a cambiar el lenguaje y la relación de la gente en el campo sindical. Contribuyó a cambiar las formas de la discusión política en la discrepancia (y sobre todo en la discrepancia). Pocos como él para llegar con un enfoque revolucionario al hueso de una situación política dada o de un conflicto sindical concreto. Profundidad en el análisis y notable sencillez y elocuencia en la exposición, como si la llaneza del lenguaje fuese su manera de estimar y respetar a los demás. Dirigentes como Cores son capaces de bracear junto a los compañeros digamos, más primarios, marcándoles el camino pero haciéndolo juntos. La única ventaja de que Cores esté preso (bromean Berriel y Fasano) es que nosotros podemos decir esto y él no puede matarnos, como querrá al enterarse. Cuando el régimen apresa al compañero Cores, como cuando apresa a Gatti, a Carpanezzi, a Machado y a tantos otros, no elige al azar, elige a dedo. Por eso, más importante que hacer el elogio superfluo de Cores; más importante, incluso, que señalar sus problemas de salud, es ubicarlo en el panorama de las luchas gremiales y políticas del país. Es a la evolución de nuestro proceso revolucionario que importa, sobre todo, su liberación y la de los demás presos políticos. Todos debemos comprometernos hasta el tuétano en una campaña de presión para que estos compañeros, absueltos sin proceso por la justicia, no sigan confinados en un campo de concentración. Ésta es una obligación del conjunto del movimiento popular y sindical y de todos los instrumentos políticos de liberación que actúan en el país. Pero sobre todo es una obligación quemante para la Asociación de Bancarios y para la mismísima CNT de la que Cores es vicepresidente. Tanto la Asociación como la Convención deberían sentirse directamente agredidas por la prisión de Cores. ¿Te acordás cómo lo agarraron cuando terminó el conflicto bancario del 69? En el convenio había una cláusula por la que no habría represalias contra los dirigentes. Pero la policía trató de "embagayar" a Cores con la historia de que estaba complicado en el secuestro de Pellegrini Giampietro. Bien sabían ellos que no era cierto. Pero había que darle caza al dirigente sindical que había punteado, con otros, en el conflicto, y así es como tuvieron a Cores tres meses en el cuartel de San Ramón. En 1970 los 25 conflictos que estallan en el país, junto con la crisis (Atma, Pepsi, Ghiringhelli, Tem, Decovid, BP Color, etcétera, etcétera), profundizan la lucha en el campo sindical y abren un camino —el de la combatividad y el desarrollo de la conciencia política— que Cores y otros compañeros venían señalando tenazmente. Ellos luchaban porque el movimiento sindical diera respuestas efectivas a la militarización de los funcionarios y a las medidas de seguridad. Pero si el Hugo es coherente consigo mismo, el régimen no lo es menos. Y en abril de este año Cores es nuevamente detenido, nuevamente absuelto, y vuelto otra vez a confinar. El régimen sabe a quiénes golpea y por qué; no va, pues, a soltar sus presas fácilmente. Ahora bien; en la medida en que estamos mejor organizados, debemos presionar para que las suelte. Y si se niega, hacerle pagar el máximo precio político. Un precio político en esclarecimiento y toma de posición, no sólo de los militantes sino del pueblo todo. Cores sabe que desde dentro sigue cumpliendo un papel político capital, en cuanto testimonio de lo que es el sistema. Todos lo queremos —a él y a todos los presos políticos— fuera de la "Carlos Nery", de los cuarteles y del campo de concentración. Pero si el régimen quiere tenerlos dentro y nuestra presión no alcanza para sacarlos, entonces utilicemos esta realidad para descarnar y deshuesar el sistema, mostrando su única imagen: la imagen de la represión, la imagen de la opresión y la imagen del fascismo.

* * *

La cinta discurrió un trecho, sedosa, sin emitir más sonidos que los módicos ruiditos bronquiales de una caja torácica. Y nosotros permanecimos tan callados como ella, ante los pocillos vacíos. Hasta que la grabación empalmó con las palabras de la madre. Ésta levantó la mirada hacia los demás, como pidiendo disculpas, y exclamó: "¡Qué vergüenza!" Pero era todo lo contrario.

La madre

A Hugo lo detuvieron el 27 de abril; el 28 el juez lo puso en libertad, y el 29 la policía lo agarró otra vez por su cuenta. Me avisaron que estaba en Jefatura, después me avisaron que estaba en el CGIOR. Yo pensé que lo iban a tener un mes, a lo sumo dos; estamos acostumbrados a esas cosas. Pero al final estuvo en el CGIOR desde el 29 de abril hasta el 11 de octubre en que, sorpresivamente, sin tener en cuenta que estaba enfermo, en cama, se lo llevaron, a él y a los demás, en los camiones del ejército. Fue una odisea averiguar para dónde. Del CGIOR nos mandaron a la Región Militar Nº 1, de allí a la Inspección General del Ejército, después otra vez a la Región Militar Nº 1. Hasta que supimos que estaban en Punta de Rieles. ¿Y por qué presos? ¿Por qué presos allí? Desde que el juez decretó la libertad hasta hoy, ninguna noticia, ningún responsable, ninguna respuesta. En Jefatura los familiares de los presos somos muy conocidos, pero de los porteros. Nunca nos recibió nadie que tuviera jerarquía. Insistimos en hablar con el inspector Castiglioni. Un lunes nos dijeron que fuéramos el martes. El martes un secretario del inspector nos pidió de parte de éste que le mandáramos una carta. Después nos pidió que mandáramos otra carta, pero dirigida al jefe de policía, el coronel Legnani. Le escribí al señor Legnani, pidiéndole que me contestara o que me diera una audiencia. Ni me contestó ni me dio la audiencia. Cuando uno va a golpear al ministerio y dice que la madre de fulano quiere hablarle al ministro, éste no la recibe. Entonces pide para hablar con el secretario del ministro y tampoco la recibe. Dicen que a las madres se les escucha en todos lados. Eso es mentira, ésas son letras. Es una letra muy linda la de la madre, pero está en desuso, no se practica. Hizo ya siete meses que Hugo está preso y no se sabe nada, nada, de él ni de los otros que corrieron la misma suerte. Yo pienso continuamente que lo van a soltar. Cada vez que suena el teléfono pienso que me van a decir... Pero no. Cumplió 34 años en el CGIOR, y en una carta que me escribió decía: "Y a mucha honra cumplo años preso, otra vez", porque cumplió 32 años en el cuartel de San Ramón.

La salud de Hugo fue siempre delicada. Desde los 16 ó 17 años tiene problemas digestivos. Todo eso se le acentuó cuando estuvo en San Ramón. Allí pasó delicado, tuvieron que llevarlo al Hospital Militar. En su estado, no pudo tolerar ese tipo de comidas. Ahora está otra vez sumamente delgado, debe haber perdido más de veinte quilos. Tiene diarreas y propensión a la úlcera. En el campo de concentración no se cura nadie. Los sanos se enferman y los enfermos se agravan. La comida que les dan es una de las razones, pero hay otras. Salen afuera una hora de mañana y otra de tarde, pero las veintidós horas restantes del día las pasan encerrados, de a siete presos, en unas celdas sin mesas ni bancos ni nada. Con espacio sólo para estar parados o tirados en los colchones. Las ventanas fueron pintadas para impedir la visual hacia el exterior. No tienen diarios ni radios. Viven aislados. ¿Se acuerda de todo lo que amenazaron con la Isla de Flores? Esto es igual. Es una isla rodeada de tierra. Pero lo más deprimente son las visitas, aunque uno vive esperando toda la semana que llegue la hora. Son generales, bajo la vigilancia de las metralletas siempre apuntando, presos y familiares codo con codo, a ambos lados de un muro de unos sesenta centímetros de espesor, con doble malla de tejido que hace borrosas las caras. Después, cuando uno quiere recordar en casa a su hijo, no puede desprenderle del rostro ese alambrado, como si yo formara parte de él. Y vuelta a la celda, donde pasan horas, días, meses de incertidumbre. Un procesado en el penal o en el Miguelete sabe que cada día es un día menos. En el campo de concentración no hay condena, no hay plazo, no hay término. Cada día que pasa es un día más, y nada más.

Hugo era muy afectivo con todos, en el liceo, en la escuela. Todavía me encuentro con maestros que lo recuerdan. Fue siempre generoso y modesto, no tuvo nunca ambiciones personales. (No me haga hablar, que ya estoy como todas las madres, bobas con sus hijos.) Debe de ser todo eso lo que lo llevó a mirar por los demás. Mi vida está llena de Hugo. Yo ya no soy la madre de Hugo, soy una gran amiga de él. Llegar a tener una amistad como la que tenemos Hugo y yo, cuando un hijo tiene 34 años, es algo muy importante. No irá a poner todo esto en la nota...

* *

El grabador no tiene nada más que decir. Yo tampoco.

HUGO ALFARO